

LAUDATIO DEL DOCTORANDO MIGUEL DELIBES DE CASTRO QUE PRONUNCIA EL DOCTOR JUAN MARIO VARGAS YÁÑEZ EN APOYO DE LA PETICIÓN DE CONCESIÓN DEL SUPREMO GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Cúmpleme llevar a cabo, por encomienda de la Facultad de Ciencias y como representante del Departamento de Biología Animal de la Universidad de Málaga, la grata misión de pronunciar la *laudatio* del Profesor Miguel Delibes de Castro, cuya propuesta de nombramiento de Dr. Honoris Causa fue realizada por la Junta del citado Centro en marzo de 2011 y aprobada por el Claustro en fecha y circunstancias ya citadas por Sr. Secretario General. Dicha propuesta se acoge a una tradición académica de origen medieval que data de 1274, se fundamenta en los méritos relevantes que concurren en el doctorando, y se ve reforzada por la especial y fecunda vinculación que ha tenido con nuestra Universidad desde 1984.

Miguel Delibes de Castro es castellano de origen, vallisoletano de cuna, andaluz de adopción y universal de vocación. Por una de esas casualidades de la vida, que a la postre aparentan ser premonitorias, comparte fecha de nacimiento con Charles Darwin, aunque afortunadamente para él y para quienes le apreciamos median entre ambos cinco generaciones. En cualquier caso no fue esta azarosa circunstancia la que le impulsó, durante su infancia y adolescencia, a un diálogo permanente con la naturaleza ni la que despertó su afición por la Biología. Incluso me atrevo a aventurar, ejerciendo como exégeta de aquellos primeros capítulos de su etapa juvenil, que tampoco fueron determinantes la exquisita pluma de su padre o la copiosa producción periodística y literaria que, ya para entonces, había pergeñado. Pesó más el ejemplo cotidiano del progenitor, su forma de amar y relacionarse con el paisaje vegetal y su fauna, la pasión que en él despertaban el terruño natal y sus habitantes. Todo ello se convirtió, letra a letra, en el mejor libro de texto para Miguel y sus seis hermanos.

Como les sucedió a tantos chavales de los años 60, la caza fue para el primogénito de los Delibes de Castro el cordón umbilical que alimentó su pasión por el medio natural, obviamente en compañía de su padre, al que todos considerábamos un escritor que cazaba hasta que él mismo nos sacó del error autodefiniéndose como un cazador que escribía. Sin embargo, la vocación cinegética del doctorando, como también le sucedió a Darwin, dejó paso a otras inquietudes naturalistas que le

hicieron cambiar definitivamente la escopeta y la canana por los prismáticos y el cuaderno de campo. Más que un proceso evolutivo saltacionista fue un tránsito gradual, si bien el hito que puso de manifiesto su irreversibilidad hizo crisis el día que abandonó una mano de perdices en predios pucelanos, para enfrascarse en la recogida de unas egagrópilas de mochuelo al pie de unas tapias, con el consiguiente enfado y reprimenda paternos.

Miguel Delibes cursó la carrera de Ciencias Biológicas en la Universidad Complutense de Madrid, obteniendo el título de Licenciado en 1969. Le emularon sus hermanos Ángeles, Adolfo y Juan. Durante años constituyeron una cohorte de biólogos que acabó transformándose en saga, cuando Miguel Delibes Mateos decidió seguir los pasos de su padre y de sus tíos en la Universidad Hispalense. Resultaba inevitable que bajo la alargada sombra del ciprés germinaran sus semillas. Pero no debemos olvidar que la tierra fecunda que les dio vida desempeñó un papel quizás menos conocido aunque igualmente importante. Por desgracia, la prematura marcha de Ángeles de Castro, la señora de rojo sobre fondo gris, el *alma mater* del clan Delibes, no le permitió compartir en vida con sus vástagos los éxitos personales y profesionales que, poco a poco, granaron en sus ramas.

Los inicios profesionales del doctorando estuvieron ligados a Félix Rodríguez de la Fuente. Recién terminada la carrera pasó a formar parte del equipo redactor del proyecto Fauna Ibérica, dirigido por el tenaz naturalista. El éxito editorial de la obra fue extraordinario, hasta el punto de haber sido traducida a más de 15 idiomas. La relación entre Félix y Miguel fue estrecha e intensa, con el amigo de los lobos no podía ser de otra manera, y dejó una huella profunda en el joven Delibes. De hecho, él siempre ha reconocido que quien le inculcó el amor por la naturaleza fue su padre, mientras que Rodríguez de la Fuente le enseñó a escribir, y a éste lo evoca como un hombre cercano, amistoso y buen maestro.

Al cabo de tres años, el prestigioso ecólogo José Antonio Valverde le ofreció al doctorando la oportunidad de irse a trabajar con él. El Dr. Valverde era entonces director de la Estación Biológica de Doñana, había sido el fundador de la Reserva Biológica en 1964 y quien había impulsado la creación del Parque Nacional en 1969. Para el doctorando no fue una decisión sencilla. La oferta era tentadora pero implicaba el riesgo de la incertidumbre, cambiar la faceta divulgadora donde se sentía cómodo, reconocido y bien remunerado por la

incierta senda de la investigación, probablemente más agreste e insegura, anónimo todavía entre quienes la transitaban y con menos trigo en las alforjas.

En cierta ocasión, el escritor estadounidense Ray Bradbury comentó que el mejor científico está abierto a la experiencia y que ésta empieza con un romance, es decir, la idea de que todo es posible. Y como dijo Paulo Coelho, la posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Para el doctorando estas reflexiones se habían convertido en una firme convicción. La proposición del Dr. Valverde no aparentaba ser un canto de sirena, así que, renunciando al prudente comportamiento de Ulises descrito tal vez por Homero en el Canto XII de la Odisea, decidió entregarse al misterioso encanto de la investigación y puso rumbo a las Marismas del Guadalquivir. Desde entonces lo que hoy es crónica y algún día se convertirá en historia testimonia la mutua fidelidad que ambos -Doñana y él- se han profesado, hasta el punto de que paisaje y figura componen un binomio inquebrantable.

Sin embargo la vida en el Coto no fue un camino de rosas y los primeros años se le antojaron menos amables de lo que esperaba. Recién casado, viviendo de una beca y a trasmano de la civilización, enfrascado en su tesis doctoral, con muy pocas comodidades y frecuentes penurias en el Palacio de Doñana, magnificadas tras el nacimiento de su primer hijo, logró superar junto a Isabel, su mujer, todos los escollos que acá y acullá afloraban. Bastante tiempo después Isabel sigue evocando con nostalgia aquella época y aquellos pagos, a pesar de lo poco hospitalarios que a veces resultaban para dos jóvenes habituados al confort urbano. En cierta ocasión le preguntó a su marido por qué se habían marchado. Entonces afloró la respuesta lacónica de un adusto castellano:

-“Porque quisimos”.

Doñana, en los años 70, distaba de ser el espacio natural bien estudiado y conservado que hoy conocemos. La obra del Dr. Valverde peligraba porque la amenazaban la implementación de planes agrícolas de regadío, proyectos turísticos poco respetuosos y la reticencia a replantear el futuro de la caza mayor y de las aves acuáticas. Por otra parte Doñana suscitaba la atención de ecologistas, investigadores nacionales y extranjeros y de una sociedad que, entre bostezos, despertaba del sueño secular de la indolencia en materia medioambiental. En su creación como espacio protegido habían intervenido

personas, instituciones y fondos exógenos, pero quienes tenían que darle continuidad a los esfuerzos iniciales y consolidar su conservación era la propia tripulación. De ahí que el Dr. Valverde enrolara a jóvenes investigadores cuidadosamente seleccionados para afrontar con éxito semejante reto. Y he aquí que uno de ellos, como anteriormente apuntamos, fue Miguel Delibes.

Su tesis doctoral versó sobre la ecología trófica del lince ibérico, dirigida por su mentor científico a quien también se deben los primeros estudios demográficos y recomendaciones que condujeron a declararlo especie no cinegética en 1966. El propio doctorando ha referido en más de una ocasión que se sentía extraño tratando de estudiar a una especie que nunca había visto en libertad y a la que tardó varios meses en localizar. Esta pequeña anécdota refleja la situación preocupante por la que ya atravesaba el mayor felino de nuestra fauna mediados los años 70, sobre todo si se tiene en cuenta que un siglo atrás ocupaba gran parte de la Península Ibérica. Finalmente defendió su Tesis en la Universidad Complutense de Madrid (1977), obteniendo la máxima calificación. Ese mismo año disfrutó de una breve estancia en el Laboratoire d'Ecologie Generale del CNRS en Brunoy (Francia), becado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

En 1978 obtuvo por oposición la plaza de Colaborador Científico del CSIC, lo que definitivamente le ancló en la Estación Biológica de Doñana. En 1986 pasó a ser Investigador Científico del citado organismo y un años más tarde se convirtió en Profesor de Investigación. Poco después fue nombrado director de la Estación Biológica, cargo que ejerció entre 1988 y 1996. Los treinta y seis años que median entre su adscripción al cuerpo de funcionarios y el momento actual, etapa en que el científico maduro poco a poco se fue convirtiendo en puntal de la ciencia española, no son fáciles de sintetizar. Los cambios se suceden en Doñana, la Estación Biológica se transforma en un centro de investigación con prestigio internacional y la figura del Dr. Delibes brilla con luz propia. No son tres historias distintas que discurren en paralelo, sino un único relato pergeñado desde tres perspectivas complementarias.

En 1980 el Parque Nacional fue considerado por la Unesco Reserva de la Biosfera y ampliado en 2012. La propia Unesco le había otorgado en 1994 el título de Patrimonio de la Humanidad. En 1982 fue incluido en la lista de humedales del

Convenio de Ramsar. En 1989 la Junta de Andalucía crea el Parque Natural del Entorno de Doñana, posteriormente ampliado en 1997. En 1999 ambos Parques, Nacional y Natural, se transforman en el Espacio Natural de Doñana, cuyos principios inspiradores fueron el mantenimiento de los procesos ecológicos, la investigación científica, la preservación de la biodiversidad y, en especial, la protección del patrimonio ambiental, la potenciación económica de dicho Espacio Natural y la concepción unitaria de sus territorios.

Aún a riesgo de pecar de reiterativo, procede recalcar que nada de esto hubiera sido posible sin esa pléyade de abnegados estudiosos que, aparte de buena ciencia, tuvieron el acierto de transmitir a la sociedad la importancia del entorno a través de los resultados de sus investigaciones. Y cuando digo buena ciencia lo hago aquí en el sentido del historiador latino Salustio, o sea, la que satisface porque ha sabido hacer virtuosos a quienes la profesaron. Hecha esta aclaración, es obligado referirse al papel decisivo que desempeñó la revista *Doñana, Acta Vertebrata*, editada por la Estación Biológica entre 1974 y 1997, como medio de difusión de los nuevos conocimientos generados por sus investigadores. Las contribuciones científicas del doctorando fueron en ella habituales durante el tiempo en que se publicaba con una periodicidad semestral.

La Estación Biológica tenía como objetivo fundacional la investigación, conservación y difusión del patrimonio natural de Doñana. Era un centro de investigación aplicada, pionero en una actividad que años más tarde fue bautizada como Biología de la Conservación. El doctorando formó parte de aquella primera hornada de jóvenes entusiastas que con su esfuerzo y labor seminal se adelantaron a su tiempo. Tomo prestadas unas palabras de su colega y amigo, el Profesor Carlos Herrera, para sintetizar los méritos profesionales del Profesor Delibes: abundancia y calidad científica de sus publicaciones, coherencia interna de su línea de investigación y decisiva contribución al nacimiento y desarrollo en España de la Biología de la Conservación. Más allá de estar de acuerdo con ello, que como caso particular podría interpretarse bajo el prisma de una mera conjunción de opiniones, me atrevo a decir que se trata de un diagnóstico ampliamente compartido y respaldado por quienes conocen su trayectoria científica.

Miguel Delibes es un zoólogo que ha destacado fundamentalmente en el campo de la biología, ecología y evolución de los mamíferos, tanto en la faceta investigadora

como en el plano docente, dentro y fuera de España. Los carnívoros han sido el grupo al que mayor esfuerzo y tiempo de estudio ha dedicado y, dentro de ellos, el lince ibérico representa el buque insignia de su investigación. Los resultados de sus trabajos le han convertido en un especialista mundial dentro de esta temática y, sin duda, en el más reputado experto en la biología, problemática y conservación del felino más amenazado del planeta.

Este vasto caudal de conocimientos le ha sido posible atesorarlo y difundirlo gracias al empleo de técnicas punteras de investigación. Su constante preocupación ha sido saber cada día un poco más de los carnívoros, gracias a la implementación de sofisticadas metodologías, en líneas tan diversas como la ecología trófica, el comportamiento, el uso del tiempo y del espacio, la competencia interespecífica, la filiación genética de las especies y su variabilidad interpoblacional, los factores que limitan sus áreas de distribución y la tipificación de los problemas creados por las actividades humanas. Por eso nunca perdió el paso y ha sabido mantenerse al día, al compás de los espectaculares avances tecnológicos que han revolucionado el mundo de las Ciencias Naturales y el campo de la investigación durante las últimas décadas.

Su papel como biólogo de la conservación ha trascendido más allá de los mesocarnívoros ibéricos y de sus hábitats. Otras especies amenazadas como el oso, el águila imperial ibérica o el quebrantahuesos también han sido objeto de sus estudios y preocupaciones, así como resultan destacables sus contribuciones al conocimiento de la biología de elementos faunísticos clave o singulares en los ecosistemas mediterráneos, como el conejo o la rata de agua, por citar un par de ejemplos alusivos. En definitiva, a lo largo de su dilatada carrera investigadora ha sabido diversificarse en pro de la especialización, siempre refractario a saber mucho de muy poco. Esto le ha convertido en polo de atracción internacional de colegas y discípulos y en foco emisor de sólidos conocimientos científicos.

Laudar al doctorando no obliga a abusar del verbo porque sus méritos como investigador pueden ser cuantificados de forma objetiva, utilizando criterios de calidad reconocidos y aceptados por nuestro gremio. Su producción científica se compone de 190 publicaciones en revistas indexadas en el Science Citation Index, entre las que destacan *Science*, *Ecology*, *The American Naturalist*, *Conservation Biology*, *Biological Conservation* o *Ecological Monographs*. Además es autor en

solitario o coautor de otros 67 artículos recogidos, la mayoría, en revistas científicas españolas. Ha sido autor o editor de 12 libros y monografías y sus contribuciones escritas en obras colectivas se cifran en 84. Como consecuencia de ello, en los últimos veinte años ha sido citado 3852 veces por otros investigadores en 2496 artículos científicos distintos, con un promedio de citas por elemento igual a 21,76. Posee un índice H (de Hirsch) de 34, lo que significa que 34 de sus publicaciones han sido citadas al menos 34 veces cada una, y forma parte del 1% de autores más referenciados, en los últimos diez años, dentro de su especialidad.

Abundando en su labor científica, ha participado en más de 50 proyectos, programas, contratos y convenios de investigación, figurando como Investigador Principal en 37 de ellos. España, Portugal, Argentina, México, Brasil y Marruecos delimitan el marco geográfico donde se han desarrollado. Asimismo ha asistido a 58 congresos y coloquios de su especialidad, tanto en el ámbito nacional como internacional, aportando más de 100 comunicaciones orales y en paneles.

Una de las facetas más brillantes y reconocidas del doctorando es su capacidad formativa. Quienes han disfrutado de su magisterio destacan en él no sólo los conocimientos que atesora sino el modo en que los transmite, una mezcla de entusiasmo y sencillez que al discípulo le resulta contagiosa. Nunca ha presumido de navegante solitario ni moró en la torre de cristal en la que algunos investigadores se encastillan. La ciencia actual la entiende como un emprendimiento colectivo, según preconizaba Claude Bernard al afirmar que el arte es “yo” mientras que la ciencia es “nosotros”. El grupo ha sido su hábitat natural y el liderazgo su nicho ecológico, a veces incluso en contra de su voluntad o deseo. Ha dirigido 23 Tesis doctorales cuyos autores, a su vez, han formado nuevos doctores que se sienten orgullosos de ser nietos científicos de Miguel Delibes. Y cuando un sentimiento de esta naturaleza fluye de forma espontánea es porque el carisma del fundador del grupo o red de colaboradores, no sabría en este momento discernir el calificativo más adecuado, ha circulado como la savia desde la raíz hasta las ramas del árbol en crecimiento.

La labor divulgadora del doctorando no se limitó a las primeras etapas de su carrera profesional, sino que la ha seguido cultivando a lo largo de toda su vida. Para él siempre ha tenido mucha importancia que los resultados propios y ajenos de la investigación llegasen a la sociedad, que a la postre es quien la financia y a la que

se debe rendir cuentas de los éxitos y fracasos generados con fondos públicos. Sin duda, sería poco elegante por mi parte, embarazoso para el Profesor Delibes e innecesario a todas luces entronizarlo como el mejor entre los de su talla, ya sea en la vertiente investigadora o divulgadora. Pero no es menos cierto que la conjunción de ambas, en armónica convivencia, lo eleva a cotas difíciles de alcanzar. Por su magnitud resulta más apropiado recurrir de nuevo a las cifras: 45 artículos de alta divulgación publicados, varios libros entre los que resalto *Vida: la Naturaleza en peligro* (2001) y *La Tierra herida* (2006), este último en coautoría con su padre, y 165 participaciones como profesor en cursos y seminarios. Además, numerosas conferencias, mesas redondas, contribuciones periódicas en diarios y revistas así como otras aportaciones en distintos foros y medios engrosan el bagaje divulgador de su currículum.

Si Miguel Delibes hubiera nacido en el Renacimiento, tal vez hoy lo catalogaríamos como uno de aquellos humanistas que contribuyó a mover el mundo occidental con la palanca de su obra. Es más, con cierta dosis de chauvinismo, podríamos hacer notar que fue Darwin quien nació el mismo día que el doctorando. Pero no es el caso. A lo largo de esta exposición he tratado de poner de manifiesto y demostrar que, como zoólogo y biólogo de la conservación, tiene méritos suficientes para ocupar un escaño en los anales de la ciencia moderna. Pero quiero ir más allá y mostrar lo que no aparece reflejado en su hoja de servicios. Decir de él que es un investigador fervoroso de la óptica transdisciplinar es cierto pero insuficiente. Hay algo que deseo añadir. Debajo de la ilustre toga que hoy lo inviste habita un hombre sencillo que transita por la vida con los sentidos alerta, cuaderno en mano, anotando con su letra menuda lo que a otros nos pasa desapercibido. Este es el secreto del maestro: seguir siendo un infatigable aprendiz.

En su cuaderno de bitácora, racionalidad, medida, tenacidad, elegancia, astucia y honestidad sintetizan los atributos más conspicuos de su personalidad. No es un polifacético al uso aunque pueda parecerlo, ni un especialista que sólo sabe de linceos y otros parientes depredadores. Sin ser ecologista confeso ha bregado por conservar la biodiversidad allá donde le han dado cancha. En este quehacer se ha forjado y su ejemplo ha creado escuela. Su voz autorizada cuenta y pesa en materia política de conservación desde hace varias décadas. No en vano ha sido asesor gubernamental en la Conferencia sobre Biodiversidad celebrada en Río de Janeiro en 1992, fundador y presidente durante 23 años de la Sociedad Española para la

Conservación y Estudio de los Mamíferos (SECEM), miembro del Patronato de Doñana y de la Junta Rectora de tres Parques Naturales, así como ha formado parte de comisiones, Fundaciones, grupos de trabajo y reuniones donde la ciencia de la conservación tenía algo que decir o reivindicar. Concluyo citando que desde el año pasado ostenta la Presidencia del Consejo de Participación de Doñana, cargo en el que relevó a D. Felipe González Márquez.

Como no podía ser de otra manera, su fecunda labor ha sido ampliamente reconocida y por sus méritos laureada en diversas ocasiones. En los últimos 15 años ha recibido más de una decena de premios, entre los que cabe citar el *Premio Nacional Félix Rodríguez de la Fuente de Conservación de la Naturaleza* (2001), el *Premio del Mérito a la Conservación del WWF Internacional* (2001), el *Premio a la Protección del Medio Ambiente "Rey Jaime I"* (2003) y el *Premio Nacional de Investigación "Alejandro Malaspina" en Ciencias y Tecnologías de los Recursos Naturales* (2005). Precisamente en este mismo año fue elegido Académico Numerario por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ingresando en ella el pasado mes de mayo (2014) para ocupar el sillón número 23, tras pronunciar su discurso de recepción titulado *"Ciencia y compromiso: la Biología de la Conservación"*.

A conciencia he reservado para el final lo que sin duda representa el aspecto más emotivo de esta exposición. Me estoy refiriendo a los vínculos profesionales y amistosos que desde hace exactamente treinta años ligan al doctorando con la Universidad de Málaga, cuando la Estación Biológica de Doñana estaba trasladándose de Heliópolis al Pabellón del Perú y nuestra Facultad de Ciencias hacía las maletas para abandonar La Misericordia. Todo empezó con su generosa participación en un curso de Mamíferos organizado por el entonces Departamento de Zoología malagueño. A partir de aquel momento siempre que se le ha requerido, y han sido muchas las ocasiones, ha atendido desinteresadamente todas y cada una de las invitaciones que directa o indirectamente tenían que ver con la UMA.

Al cabo de unos años el proyecto que formalmente le integró entre nosotros fue la gestación y posterior creación de la Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Mamíferos (SECEM). Desde sus albores la Sociedad fijó su sede en el Departamento de Biología Animal, donde sigue ubicada su secretaría, bajo la presidencia del doctorando y con el apoyo de tres profesores de la *Universitas*

malacitana en su Junta Directiva. Próximos a celebrar las bodas de plata de la SECEM y de su presidente al frente de ella, estimo innecesario abundar en la estrecha colaboración que durante casi cinco lustros hemos mantenido, la cual nos ha permitido crecer para dar cabida a casi el millar de socios, muchos de ellos colegas portugueses.

A comienzos de la presente década, la Asamblea General de las Naciones Unidas, mediante la Resolución 65/161, decidió declarar el período 2011-2020 Decenio de las Naciones Unidas sobre la Biodiversidad. El motivo de tal designación fue poyar la aplicación del Plan Estratégico para la Diversidad Biológica y alcanzar las veinte Metas de Aichi, con el fin de promover la convivencia en armonía con la naturaleza e integrar los diferentes niveles de la biodiversidad. El reto consiste en cumplir los cinco objetivos estratégicos siguientes: abordar las causas subyacentes de la pérdida de la diversidad biológica, reducir las presiones directas que recibe y promover el uso sostenible, mejorar su estado mediante la protección de los ecosistemas, las especies y la diversidad genética, aumentar los beneficios colectivos de los servicios que prestan la diversidad biológica y los ecosistemas, así como favorecer su aplicación mediante la planificación participativa, la gestión del conocimiento y la creación de capacidades.

Estas políticas globales indudablemente son necesarias y cada vez más perentorias. Por fortuna la toma de conciencia sobre la problemática ambiental se extiende como mancha de aceite en medio isotrópico, aunque queda un largo y arduo camino por recorrer. No es ahora mi intención adentrarme en él sino retroceder en el tiempo, para rescatar de la memoria la firmeza y empeño que unos pocos derrocharon hasta hacernos entender que la Naturaleza está en peligro porque la Tierra está herida. También es el momento de dedicarle nuestra gratitud a quienes lo hicieron posible y rendir un cálido homenaje a uno de estos paladines de la conservación, que como podrán imaginar se trata, en este caso, del doctorando. Y nada más oportuno y acertado que aprovechar que transitamos por el Decenio de la Biodiversidad para laurear al prestigioso zoólogo.

Profesor Delibes, Miguel, te seguimos necesitando entre nosotros. El doctorado Honoris Causa es la máxima distinción que la Universidad otorga a quienes el Claustro estima acreedores de ella. Tal distinción es motivo de orgullo y satisfacción

para todo aquél que la recibe por sus méritos relevantes. Pero también lo es para la institución que concede el supremo galardón académico, porque incorpora entre sus filas a una eminente personalidad que incrementa su acervo sapiencial y la nobleza espiritual de su capital humano.

Profesor Delibes, gracias por aceptar la distinción *ad Honorem* para la que ha sido propuesto y por querer, en definitiva, seguir siendo de los nuestros.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración, y encarecidamente ruego, que se otorgue y confiera al Excmo. Sr. D. Miguel Delibes de Castro el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga.

Juan Mario Vargas Yáñez
Catedrático de Zoología
Universidad de Málaga